

Francisco Romero

Se precisa hombre
bien dotado para
importante labor social

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

La obra es actual y se desarrolla en un espacio amplio con el mobiliario necesario para sugerir dos escenarios principales: la oficina de Eva y el salón de la casa de Andrés y Paloma, aparte de una corta escena en la que se debe intuir un gimnasio de fondo.

PERSONAJES:

EVA

NACHO

ANDRÉS

PALOMA

PRIMERA ESCENA. DESPACHO DE EVA.

En una zona del escenario Eva parece inquieta, se mueve de un lado a otro pendiente de que todo parezca en orden. Vigila su propio aspecto y habla por el móvil, sin que se escuche la conversación. Por otro lado del escenario aparece Nacho. Se mueve despacio, va buscando algo. Saca del bolsillo un papel del tamaño de una cuartilla y lo lee. Mientras Nacho habla, Eva continúa con su actividad.

NACHO. (Al público.) Se precisa hombre bien dotado para importante labor social. Se precisa hombre bien dotado para importante labor social. Este curioso anuncio lo encontré el otro día en el bolsillo de mi chaqueta. No recuerdo que nadie me lo entregara. Por la calle nos dan cientos de panfletos anunciando todo tipo de gangas. Unos los tiramos en la primera papelera y otros los guardamos en el bolsillo, esperando un mejor momento para deshacernos de ellos. Casi ninguno ofrece aquello que necesitamos. Yo todavía mantengo cierta curiosidad y miro todo lo que me dan antes de arrojarlo a la basura. Creo que un anuncio como este me hubiera hecho volver la cabeza bus-

cando a la persona que me lo había entregado. Puede que lo dejaran sin que me diera cuenta en alguno de los lugares que frecuento: un bar, discoteca, gimnasio, o tal vez en algún transporte público, donde me veo obligado a moverme con frecuencia y la gente marcha hacinada. Todos los bolsillos están al alcance de cualquiera con habilidad, aunque es más habitual que te quiten la cartera. En ciertos ambientes he recibido anuncios muchos más directos y puede que censurables. A algunos he respondido y he aceptado ofertas que no deseaba. No soy un santo, ni gozo del privilegio de trabajar en lo que estoy preparado. Ciertos derechos humanos distan mucho de la mayoría de los hombres. Pero volvamos a este anuncio tan escueto como sutil. No estoy seguro de lo que me llevó a concretar una entrevista. La necesidad de trabajar y de documentos que lo certifiquen sería un motivo más que justificado en mi caso, pero no niego que existe algo más. Puede que se trate de morbo, de comenzar un juego con unas reglas nuevas. ¿Quién sabe?

EVA. Ya te contaré. Ahora te tengo que dejar, me están esperando. (Apaga el teléfono y se dirige a Nacho.) Supongo que usted es Nacho.

NACHO. Y usted, Eva.

EVA. Póngase cómodo.

NACHO. Puede tutearme si lo desea.

EVA. Cuando se trata de trabajo yo nunca tuteo. Son las reglas y lo siento para el que no le gusten. Este es un trabajo serio y prefiero evitar cualquier frivolidad.

NACHO. (Mientras se sienta.) Lo entiendo.

EVA. (Permanece de pie.) La conversación puede ser larga. ¿Tiene prisa?

NACHO. No, no tengo prisa.

EVA. ¿Ha traído los documentos que le pedí?

NACHO. Sí, he traído los documentos. (Le entrega unos papeles.)

EVA. (Mientras mira los papeles.) ¿Qué piensa del trabajo?

NACHO. Aún no me he formado una opinión. Creo que no sé por lo que estoy aquí.

EVA. Cuando llamó, dijo que había visto el anuncio y se mostró muy interesado en la oferta.

NACHO. Sí que lo estaba y lo sigo estando, pero debe reconocer que se trata de un anuncio bastante ambiguo que se presta a distintas interpretaciones.

EVA. Yo creo que está muy claro. (Coge un papel y lo lee.) Se precisa hombre bien dotado para importante labor social. No sé dónde puede esconderse la ambigüedad.

NACHO. A mí me parece que el concepto de bien dotado no encaja demasiado bien con el de labor social. Salvo que se refiera a bien dotado intelectualmente o humanamente.

EVA. Eso también ayudaría, y reconozco que puede tratarse de una valiosa aportación a este trabajo. La inteligencia y sensibilidad de la persona es muy importante, casi tanto como su físico y sus atributos.

NACHO. ¿Se refiere a atributos sexuales?

EVA. Por supuesto. Esa es la cualidad principal para acceder a este trabajo. ¿Le asusta?

NACHO. No, eso no me asusta. Aunque me pregunto si sólo buscan a un hombre como pone en el anuncio.

EVA. Digamos que ponerlo en singular es un reclamo. No se trata de que haya un elegido, pero cada caso es diferente y nos gusta tratar con la persona. ¿Le tranquiliza saber que no opta por una única plaza y que hay otros trabajando?

NACHO. Sí.

EVA. Le aseguro que no buscamos monstruos de la naturaleza ni superdotados, sino hombres que puedan ofrecer unas prestaciones satisfactorias para la clientela.

NACHO. Es un alivio.

EVA. Comprenderá que no podemos aceptar a impotentes, reprimidos ni eyaculadores precoces. Las mujeres que van a recibir nuestro servicio esperan encontrar a hombres completos en todos los sentidos, pero sobre todo en el sexual.

NACHO. Luego se trata de un trabajo de prostitución o gigoló.

EVA. Reconozco que a primera vista puede parecerlo, pero existen grandes diferencias que pronto entenderá. Pero antes de seguir, hay ciertos detalles en su documentación que me preocupan.

NACHO. A mí también.

EVA. ¿Es un inmigrante ilegal?

NACHO. Soy un hombre, tan capaz como cualquiera que transite por la calle sin miedo a que lo detengan. El pecado es que mi madre me parió en un lugar equivocado.

EVA. ¿Le gustaría tener los documentos en regla?

NACHO. No soy clandestino por vocación, ni me gusta depender de los caprichos de los gobernantes.

EVA. Es posible que si es elegido, y acepta el trabajo, se pueda solucionar este tema. Ahora hay algo, mucho menos trascendente, que me sorprende.

NACHO. ¿A qué se refiere?

EVA. Al nombre. Usted me dijo que se llama Nacho, y en sus documentos figura el nombre de Amador.

NACHO. Ese es mi nombre legal, pero no olvide que soy ilegal.

EVA. Amador es un nombre hermoso.

NACHO. Es posible, pero para ejercer ciertas actividades puede sonar a broma de mal gusto.

Eva lo estudia en silencio y Nacho muestra cierta inquietud.

EVA. Me gustaría conocer su experiencia previa.

NACHO. ¿Como gigoló?

EVA. Con todo aquello que tenga que ver en las relaciones entre hombres y mujeres, sin que sea necesario incluir sus propias historias sentimentales. Eso, como es natural, pertenece a su vida privada, y a nadie le importa lo que pueda hacer en ella, siempre y cuando no conlleve riesgo de contagio de enfermedades para nuestras clientas... Supongo que entenderá a qué me refiero.

NACHO. Por supuesto, y le puedo asegurar que me cuido mucho y gozo de una salud excelente.

EVA. Lo celebro, aunque por motivos de seguridad

tendrá que demostrarlo con certificados que lo acrediten.

NACHO. Cuento con ello.

EVA. Puede seguir hablando.

NACHO. Empecé a relacionarme con el mundo de los contactos cuando comencé a servir copas en una discoteca muy conocida. Deseaba sacar dinero para completar mis estudios, aunque reconozco que nunca fui un prodigio como camarero.

EVA. ¿Qué estudiaba?

NACHO. Soy licenciado en medicina, pero no puedo acceder a las oposiciones, y es difícil hallar trabajo de otra manera.

EVA. ¿Y en la medicina privada?

NACHO. No olvide mi condición de ilegal.

EVA. Lo comprendo, continúe.

NACHO. Lo de la discoteca tampoco acababa de complacerme, aunque hice ciertos progresos. Una noche conocí a una mujer muy atractiva, que dijo ser la

responsable de una agencia de modelos, y me ofreció trabajo.

EVA. ¿De modelo?

NACHO. Eso pensé al principio, pero se trataba de una tapadera. Era un negocio de prostitución que contaba con una selecta clientela de la alta sociedad. New Boys se llamaba la agencia.

EVA. ¿También se dedicaba a contactos homosexuales?

NACHO. La agencia sí, pero yo no. Eso nunca ha entrado en mis planes.

EVA. En estos tiempos no es tan grave.

NACHO. Puede que no lo sea, pero mi gusto va en otra dirección. Digamos que es uno de los pocos temas en los que puedo permitirme el lujo de elegir.

EVA. ¿Cuánto tiempo estuvo con ese trabajo?

NACHO. Un año.

EVA. ¿Por qué lo dejó?

NACHO. Hubo una clienta que se encaprichó con-

migo y quería disfrutarme en exclusiva... Era una acaudalada galerista a la que no le importaba el dinero y deseaba exhibirme como una de sus valiosas posesiones.

EVA. Debía ser muy bueno como hombre de compañía.

NACHO. Eso no va con mi forma de ser. Me sentía humillado continuamente ante sus impresentables compañías. A los pocos meses dejé a la mujer.

EVA. ¿La dejó? ¿Podía permitírsele?

NACHO. (Inquieto.) Puede que no fuera una decisión del todo libre, pero tendría que escuchar la versión de personas que no se encuentran presentes y, en esencia, no cambiaría la situación en que me encuentro.

EVA. Lleva razón. No está aquí para que juzgue su pasado, sino para saber si es apto y tiene interés en el nuevo trabajo. ¿Quiere seguir adelante?

NACHO. No he visto nada que me desanime.

EVA. Muy bien. Creo que su experiencia previa

puede sernos muy útil. No es fácil encontrar profesionales que conozcan bien este negocio, aunque ahora su trabajo será muy distinto.

NACHO. ¿Qué tendría que hacer?

EVA. Dar placer a las mujeres que lo necesiten.

NACHO. Eso es lo mismo que hacía antes.

EVA. Hay matices que lo hacen totalmente diferente y convierten una labor clandestina, y hasta peligrosa en muchos momentos, en una misión de ayuda altamente beneficiosa para la sociedad. Digamos que nuestra labor está mucho más próxima a la que realiza una O.N.G.

NACHO. ¿No pretenderá decirme que se trata de una especie de Chulos sin Fronteras?

EVA. Prefiero no ponerle una etiqueta concreta. Que cada uno saque sus propias conclusiones, aunque no espero que la reconozcan públicamente ni nos den subvenciones o premios. La hipocresía se lo impediría a los políticos, aunque se conviertan en nuestros principales clientes.

NACHO. Explíqueme en qué consiste el trabajo.

EVA. Supongo que en su experiencia anterior habría mujeres casadas que contrataban sus servicios para satisfacer un deseo que no podían conseguir de su propio marido, y ello solía acarrear graves conflictos familiares si el esposo se enteraba del engaño.

NACHO. A ningún hombre le gusta que lo tachen de cornudo. Es la mayor ofensa que se nos puede hacer.

EVA. Aquí radica la gran diferencia. Con el servicio que nosotros ofrecemos se trata de que sea el marido el que contrate...

NACHO. Oiga, no pretenderá decirme que tengo que tirarme a los maridos para que disfruten sus mujeres.

EVA. Si me interrumpe, no se lo podré explicar adecuadamente.

NACHO. Perdone.

EVA. Con el paso del tiempo, la mayoría de los hombres sufre una transformación y en lugar de ver a

sus mujeres como unpreciado objeto de deseo, pasan a verlas como madres de sus hijos. Y claro, al acostarse con su esposa pierden la pasión porque hay cosas que no se hacen con una madre, y buscan satisfacer sus fantasías en relaciones extramatrimoniales, sea pagando o no. ¿Me sigue?

NACHO. Por ahora sí.

EVA. Para compensar con su esposa esa ausencia de furor, aquellos que no desean romper su feliz matrimonio, les hacen regalos cada vez más caros, con el único fin de compensar su complejo de culpa. Pero su mujer no es feliz porque no se siente deseada y cree que la causa está en que ha perdido la belleza.

NACHO. ¿Y qué pinto yo en todo eso?

EVA. Mucho. En nuestra revolucionaria oferta son los maridos los que pueden ofrecer a sus mujeres esa pasión que ellos no sienten. En lugar de regalarle un abrigo de piel, una joya o un viaje, le regalan una noche de lujuria, o varias, con un profesional del placer para que ellas puedan sentirse otra vez hermosas y deseadas.

NACHO. Pero supongo que el marido se sentirá muy celoso al ver a su mujer acostada con otro hombre.

EVA. Para nada, y eso, como médico, lo debería comprender muy bien. No es el otro hombre el que le proporciona placer a su mujer, es su propio dinero y su interés por ella el que lo genera... La mujer está recibiendo un regalo de su esposo, aunque ella no lo sepa, y ambos salen recompensados.

NACHO. Parece un planteamiento muy rebuscado, aunque suena interesante.

EVA. Estoy segura de que nuestra oferta es una de las mejores terapias para las relaciones matrimoniales.

NACHO. Creo que lo entiendo, pero tengo muchas dudas de que esto pueda funcionar, sobre todo en este país.

EVA. Funcionará, ya está funcionando, al menos entre los matrimonios que tienen un nivel económico más alto. Es muy complicado extenderlo a toda la población.

NACHO. Es fácil de suponer.

EVA. Con este método se producirán menos divorcios... Todos sabemos que la mayoría de los matrimonios se destruyen por la ausencia de pasión. Mientras los hombres tienen vía libre para sus aventuras, a las mujeres no les queda más remedio que reprimirse y aguantar, o asumir el peligro que supone recurrir a contactos extramatrimoniales para sentirse apreciadas.

NACHO. Es cierto.

EVA. Ahora no hará falta que asuman esos riesgos, puesto que será su propio marido el que le ofrezca los mejores hombres, por lo que dentro del matrimonio se podrá contar con aquello que lo rompía, y no tendrán que recurrir a la hipocresía para seguir con la convivencia de pareja.

NACHO. Pero si los maridos les pagan aventuras a sus mujeres, solo faltaría que ellas les paguen las putas a sus esposos.

EVA. No es igual. Se trata de algo muy diferente, es una cuestión de mentalidad y compromiso.

NACHO. ¿Puede explicarlo?

EVA. En la mayoría de los casos, las mujeres piensan que se han casado con el hombre que desean, y no suelen plantearse aventuras extraconyugales salvo en casos extremos. Por el contrario, casi todos los hombres creen que toda mujer es más deseable que la suya después del matrimonio, y están predispuestos a cualquier aventura ocasional, pero sin renunciar a lo que ya han conseguido... Mientras que la mujer quiere a un hombre a su lado que la aprecie y la ame, el hombre sólo quiere poseer.

NACHO. Creo que ya empiezo a entenderlo mejor, y puede que dé resultado su proyecto.

EVA. Nuestro trabajo tendrá una gran importancia social, y nunca más habrá que ejercerlo de forma ilegal.

NACHO. ¿Qué pasaría si es una mujer la que recurre a los servicios de la agencia?

EVA. No admitimos esa posibilidad porque sería prostitución, y no es nuestro terreno. El trato siempre lo haremos por mediación del marido. Esa es la princi-

pal regla de nuestra ética de trabajo.

NACHO. Me parece muy bien.

EVA. Todo el mundo sabe que los matrimonios que tienen una vida sexual plena funcionan mejor.

NACHO. Yo pensaba que eso estaba referido a las relaciones sexuales entre los propios miembros de la pareja.

EVA. El sexo, en el mejor de los casos, apenas supone treinta minutos al día en el matrimonio, poco importa que lo practiquen por separado. Las otras veintitrés horas y media seguirán perteneciendo a la pareja. La televisión quita más horas a la convivencia afectiva y no es motivo de celos ni de rupturas matrimoniales.

NACHO. Y entonces, ¿cómo nos llamaremos los que ejerzamos esta profesión? Porque me imagino que ya no seremos gigolós.

EVA. Por supuesto que no. A partir de ahora, a todo profesional que ejerza este oficio se le llamara asesor sexual especializado en conflictos matrimoniales.

NACHO. Parece una diferencia notable.

EVA. Enorme.

Suena el teléfono de Eva. Lo coge.

EVA. ¿Diga?

Sí soy yo...

Sí, por mi parte sigue en pie la reunión prevista a las cinco.

Le vuelvo a asegurar que la discreción es absoluta. Estaré sola...

Sí, es el segundo izquierda.

De acuerdo, nos vemos en diez minutos. (Apaga el teléfono.) Perdón, ¿por dónde íbamos?

NACHO. Creo que ya había terminado de explicarme las diferencias entre el trabajo y lo que había hecho anteriormente.

EVA. ¿Le parecen bien las condiciones?

NACHO. En principio sí, aunque no hemos hablado de dinero.

EVA. Cada caso que se plantea es diferente y la valoración económica se mide en diversos conceptos que le serán entregados por escrito. Pero en cualquier caso la retribución por sus servicios será muy superior a otros trabajos que haya realizado, siempre que el rendimiento sea óptimo.

NACHO. De acuerdo.

EVA. ¿Cuándo estaría dispuesto a empezar?

NACHO. Cuanto antes. No ando sobrado de fondos.

EVA. Ni que decir tiene que tanto la presencia física ante la clienta como los modales han de ser intachables. No admitimos la más mínima concesión a la chabacanería.

NACHO. Lo entiendo muy bien y puede estar muy tranquila. Sé actuar como un perfecto caballero. (Mira el reloj y hace ademán de levantarse.) Supongo que no hay más que añadir. Mañana tendrá un certificado médico...

EVA. ¿Puede quedarse un rato más? Es muy posible que su primer trabajo sea de inmediato.

NACHO. ¿Cómo?

EVA. Se trata de un marido con problemas que ve peligrar su matrimonio y quiere hacerle un regalo muy especial a su esposa.

NACHO. Pero no pretenderá que esté yo delante cuando venga a solicitar un hombre para su mujer.

EVA. Por supuesto que no. Una de las reglas principales consiste en que los maridos no deben conocer a los hombres que regalan a sus mujeres. Así se evitan comparaciones odiosas y probables situaciones de celos mal entendidos. Usted tampoco debe ver al hombre que le paga para que se acueste con su esposa, pero en este caso, y para agilizar el proceso, puede ser muy interesante que escuche lo que él tenga que contar.

NACHO. ¿Por qué?

EVA. Su labor vendrá a ser una especie de psicólogo sexual, y tendrá que ofrecer a las mujeres todo aquello que sus maridos no pueden. Pienso que si se conoce el problema de antemano la terapia será más rápida y funcionará mejor. De paso, me evitará el tra-

bajo de repetirle todo lo que él me cuente.

NACHO. Supongo que no le falta razón, pero no deja de ser una situación bastante escabrosa.

EVA. Yo no lo creo.

NACHO. No es fácil de entender que un hombre venga a contar sus penas matrimoniales y pague para que otro se acueste con su mujer con el único fin de salvar su matrimonio y su hacienda.

EVA. No pido que haya que ir por ahí explicándolo en público. Solo digo que es un problema que existe en demasiados matrimonios y nosotros ofrecemos soluciones que pueden funcionar. El concepto de que moralmente sea decente o no me importa un bledo si los clientes salen satisfechos. Durante siglos, los curas tuvieron la exclusiva de las confesiones. Todos los que tenían problemas hablaban con ellos antes de recibir una penitencia para lograr la redención. Luego llegaron los psicólogos y tuvieron otra forma de enfrentarse a los problemas humanos, y durante mucho tiempo fueron vistos como herejes, mientras hoy se admiten sin reservas. Nosotros damos un paso más, añadimos el gozo físico a la terapia mental. Para mu-

chos será inmoral y vergonzoso, pero más inmoral es bombardear países en nombre de la paz o jugar con el destino de millones de trabajadores en la bolsa para que unos pocos acumulen inmensas riquezas. Es una cuestión de criterio.

Suena el timbre de la puerta.

EVA. Debe ser el cliente. Puede esperar en esa habitación, desde allí podrá seguir la conversación sin riesgo de ser descubierto.

Nacho se dirige a la habitación mientras Eva sale a abrir la puerta. Unos instantes después regresa acompañada de Andrés, que lleva un maletín.

EVA. Póngase cómodo. ¿Desea tomar algo?

ANDRÉS. Un poco de agua, hace mucho calor.

EVA. Enseguida la traigo. (Sale.)

Andrés curiosear por la habitación. Regresa Eva con el agua.

EVA. ¿Ha encontrado algo interesante?

ANDRÉS. Nada en especial. Sólo el interés profe-

sional que me causa encontrarme con un negocio nuevo.

EVA. Puede que no lo sea tanto, aunque existan matices que lo hacen muy diferente de lo convencional.

ANDRÉS. (Muy inquieto.) Es una situación nueva para mí, y no sé por dónde empezar.

EVA. ¿Ha traído la información que le pedí?

ANDRÉS. (Abre el maletín y saca un sobre.) Sí, creo que aquí está todo lo que me pidió.

EVA. (Mientras abre el sobre.) Eso está bien. Todo será más rápido.

ANDRÉS. Eso espero.

EVA. Paloma se llama su esposa. Es una mujer muy atractiva.

ANDRÉS. Por eso me casé con ella.

EVA. ¿Por eso solamente?

ANDRÉS. Hay más cosas que influyeron, pero no es fácil contarlas. Tiene que reconocer que me en-

cuentro en una situación bastante incómoda.

EVA. ¿Qué le incomoda: el motivo de su visita o tener que tratar de este tema con una mujer?

ANDRÉS. Ambas cosas, aunque reconozco que no esperaba encontrarme ante una mujer tan guapa.

EVA. Si estoy aquí es porque hago bien mi trabajo y no por mi belleza. Esta no tiene nada que ver con lo que vamos a tratar.

ANDRÉS. Pero puede intimidar a los hombres.

EVA. Solo a los que desean ser intimidados, y supongo que no habrá venido hasta aquí para hablar de su timidez o para tratar de seducirme.

ANDRÉS. Claro que no, aunque he de reconocer que la segunda opción no deja de ser tentadora.

EVA. ¿Ese es el problema que tiene en su matrimonio?

ANDRÉS. No entiendo por qué dice eso.

EVA. Me refiero a que si usted intenta seducir a todas las mujeres hermosas que ve por la calle no debe

quedarle mucho tiempo para dedicar a su propia esposa.

ANDRÉS. Veo que es usted tremendamente directa y no pierde tiempo antes de disparar con bala.

EVA. Intento ayudar a nuestros clientes. A veces les cuesta encontrar una justificación para haber llegado hasta aquí. Digamos que yo les ayudo a agilizar la memoria.

ANDRÉS. ¿Tiene muchos casos como el mío?

EVA. Aún no sé cuál es el suyo. Estoy esperando a que lo cuente. Pero si se refiere a si hay muchos esposos que solicitan nuestros servicios, debo decirle que bastantes más de los que lo reconocen.

ANDRÉS. Nadie alardea de pagar a otro hombre para que se acueste con su mujer.

EVA. Pero entre ustedes sí suelen alardear de haberse acostado con muchas mujeres.

ANDRÉS. Solo de las que no se pagan.

EVA. Todos pagamos algo en estas relaciones. Muchos hombres poderosos presumen de haberse acos-

tado con infinidad de mujeres por su propio atractivo, sin tener que dar nada a cambio, y eso no es cierto. Estamos en un mercado en el que todo tiene un precio, aunque muchas mujeres se empeñen en venderse demasiado barato.

ANDRÉS. ¿Cuál es su precio?

EVA. ¿El mío o el de los servicios de la agencia que dirijo?

ANDRÉS. El de ambos.

EVA. Para el de mi agencia existen unas tarifas que tiene a su disposición. En cuanto a mí, el precio son mis ojos y mi cerebro. El dinero y los lujos no bastan. Yo compro cuando algo me rompe la mirada y bloquea mi cerebro, pero aún no he conocido a nadie por el que me dejaría comprar.

ANDRÉS. Los ojos pueden ser traicioneros.

EVA. Desde luego, tanto como yo quiera ser engañada. Pero le recomiendo que lleve la conversación en otra dirección. Su tiempo debe ser muy valioso, y es preferible solucionar estos temas con cierta diligencia antes de que se anquilosen.

ANDRÉS. No sé qué añadir a la conversación telefónica.

EVA. Creo que habló muy poco.

ANDRÉS. Puede que entonces no tuviera más que contar. Pero si me pregunta, le contestaré a lo que desee.

EVA. ¿Cómo se enteró de nuestra existencia?

ANDRÉS. He de reconocer que fue de una manera bastante curiosa. Hace pocos días al subir al coche me encontré un papelito en el parabrisas. Lo más extraño es que estaba aparcado en el parking privado de la empresa. Pocos días después volví a encontrar otro cuando estaba en el club de golf.

EVA. Seguro que tiene un coche de muy alto nivel. Como comprenderá, no podemos repartir nuestra propaganda en las puertas del metro ni anunciarnos en televisión.

ANDRÉS. Probablemente se organizaría un gran revuelo.

EVA. Hemos de recurrir a métodos muy directos y

dirigirnos a aquellos ambientes donde se encuentran las personas que tienen suficiente poder adquisitivo para asumir nuestra oferta.

ANDRÉS. Se trata de una publicidad muy agresiva.

EVA. Justo la que requiere el tema. (Saca un papecito y comienza a leer.) Tiene problemas en su matrimonio. Cree que su esposa sospecha de usted y puede utilizarlo en su contra creando un conflicto de terribles consecuencias. Si quiere resolver este problema de una manera revolucionaria y tener su conciencia limpia acuda a nosotros. (Deja de leer.) No creo que haya nada de agresividad. Vamos directos al problema, sin ofrecer más de lo que podemos dar.

ANDRÉS. Supongo que no le falta razón.

EVA. Vayamos al grano. No es necesario que me cuente toda la historia de su matrimonio. Mi objetivo no es comprender lo que ha ocurrido para que se llegue a esta situación. Me conformo con saber lo que está pasando actualmente para encontrar un remedio por el que su esposa y usted queden satisfechos y continúen con la normalidad que desean.

ANDRÉS. Lo dice con la crudeza de un cirujano.

EVA. Usted está aquí porque las relaciones sexuales con su mujer no funcionan como debieran, por las causas que sean. Eso a nosotros no nos importa lo más mínimo. Teme que de prolongarse esta situación se pueda llegar a un final traumático.

ANDRÉS. Más o menos.

EVA. Así que ha pensado en proporcionarle un alivio erótico a su esposa para que ella se sienta contenta y no le exija algo que usted no puede o quiere dar.

ANDRÉS. Digamos que puede ser una forma bastante cruel de contarle. En su razonamiento se han perdido los sentimientos entre las personas.

EVA. En ningún momento cuestionamos los sentimientos que ustedes tengan entre sí. Es más, yo creo que lo que está haciendo es un acto de amor hacia su esposa. Desea que ella sea feliz y tiene que buscar soluciones alternativas para lograrlo. El que esos remedios no estén bien vistos desde ciertos ámbitos sociales es secundario. Si usted y su esposa mejoran su convivencia, bienvenido sea. Hágase el milagro aun-

que lo haga el diablo.

ANDRÉS. Me interesa mucho saber su método para que las mujeres no sospechen que todo esté arreglado.

EVA. De entrada, no suele ser habitual que una mujer piense que su propio marido va a proporcionarle una aventura con otro hombre. Solemos ser más ingenuas y nos gusta pensar que el hombre que se acerca está interesado por nosotras a causa de nuestros propios encantos.

ANDRÉS. ¿Qué pasa si la mujer rechaza el contacto porque no se sienta atraída por el hombre elegido?

EVA. Es una posibilidad que hay que tener en consideración. A nosotras nos cuesta mucho más esfuerzo ser infieles. Le damos demasiadas vueltas antes de decidirnos, pero recuerde que estos casos se producen en situaciones límite, cuando la mayoría de las mujeres están más receptivas ante la presencia de un extraño. Sobre todo si es muy atractivo y se muestra encantador con ella. Pero no se preocupe por nosotros, no le vamos a engañar. Si su mujer le es absolu-

tamente fiel y no entra en el juego, tendrá que pagar una tarifa mínima por el tiempo que nuestro hombre haya perdido.

ANDRÉS. ¿Y en caso de producirse la situación contraria? Si la mujer toma excesiva afición por el nuevo hombre.

EVA. En ese caso decide usted. Los encuentros se pueden producir tantas veces como desee. En el momento que usted quiera que se corte, nuestro hombre desaparece para siempre. Este es un trabajo muy serio y no dejamos ninguna opción a las ilusiones. Nuestro fin es solucionar problemas, no crear otros nuevos.

ANDRÉS. En el servicio que prestan, ¿existe la posibilidad de contar con pruebas que demuestren la infidelidad de la esposa?

EVA. Ha llegado a un terreno muy peligroso en el que es muy fácil cometer delitos. Nosotros ofrecemos el servicio, pero no vamos más allá. El chantaje no tiene nada que ver con nuestra forma de actuar. No podemos impedir que los clientes tomen otra serie de medidas paralelas para obtener beneficio en caso

de divorcio, pero no nos prestamos a participar en ellas. Buscamos aportar soluciones, no convertirnos en delincuentes.

ANDRÉS. (Tras una breve pausa.) De acuerdo, creo que me ha convencido para seguir adelante.

EVA. Antes es preciso que me dé una información complementaria que es de gran importancia para este negocio.

ANDRÉS. ¿Qué desea saber?

EVA. Una serie de detalles que pueden hacerlo más fácil, para que nuestro hombre no tenga que recurrir a métodos que exijan demasiado tiempo para acercarse a su mujer, y sepa desde el primer instante la situación que está atravesando. Rapidez y eficacia.

ANDRÉS. Ella está pasando una época muy complicada. Ya ha cumplido treinta y cinco años y teme que su belleza se esté esfumando. Piensa que yo no me siento atraído por ella y que tengo relaciones con otras mujeres.

EVA. ¿Eso es cierto?

ANDRÉS. En realidad son simples aventuras que no se prolongan en el tiempo. Lo habitual entre los hombres. Uno no puede apartarse totalmente de las mujeres, pero es un juego sin trascendencia. Mi esposa es única y la respeto como tal, no pienso abandonarla por otra. Me gustaría que cuando me jubile esté a mi lado.

EVA. Aunque mientras tanto no pierde el tiempo.

ANDRÉS. Tengo que estar casi todo el día en la calle para hacer negocios. Estoy obligado a alternar con mucha gente para prosperar. Comprenderá que es muy difícil no ceder a la tentación.

EVA. Yo lo comprendo perfectamente. Si no lo entendiera, nunca habría montado esta empresa. Y ahora nos queda por establecer la forma de contacto. Saber cuál es la manera más fácil de acercarse a ella sin que se sienta agredida.

ANDRÉS. Ella pasa mucho tiempo en casa. Le gusta leer, ver películas en el vídeo y cuidar las plantas. También le gusta ir de compras y acudir al gimnasio.

EVA. Por lo que dice, deduzco que no tienen hijos.

ANDRÉS. Cierto.

EVA. ¿Trabaja?

ANDRÉS. Lo hacía en la oficina de una aseguradora antes de casarnos, pero lo dejó.

EVA. ¿Por qué lo dejó?

ANDRÉS. Yo gano más de lo necesario para mantenerla, y no me gustaba el ambiente que había en esa oficina.

EVA. Así que usted la obligó a dejar su trabajo.

ANDRÉS. Yo no la obligué. Yo me limité a plantearle un problema y ella tomó la decisión. Además, Paloma no necesitaba trabajar. Su familia dispone de cierto capital.

EVA. Creo que lo voy entendiendo mejor. No solo le interesa mantener su matrimonio por amor, lo que rodea a su esposa también es muy atractivo.

ANDRÉS. (Molesto.) Alto, no siga adelante. No comprendo que se permita el lujo de juzgar mi actitud

cuando he venido con el único fin de pagar a cambio de sus servicios.

EVA. Comprenda que es un trámite necesario. No podemos enviar un hombre a su casa para que le diga a su mujer que se quiere acostar con ella porque usted desea recompensarla. Tenemos que trazar un plan mucho más sugerente para que pueda sentirse halagada. Con lo que nos ha contado, podemos empezar a trabajar.

ANDRÉS. No creo que haga falta insistir en la gran discreción con la que han de manejar este asunto.

EVA. De eso puede estar completamente seguro. Todos los papeles permanecerán en esta habitación hasta que le sean devueltos. Le mantendremos puntualmente informado. Desde ahora en adelante seremos la consultora Artal cuando hablemos por teléfono. En un par de días me pondré en contacto con usted para informarle del plan y darle un presupuesto.

ANDRÉS. (Mientras se dirige a la salida.) De acuerdo, le enviaré un talón, y recuerde que si un día le apetece tomar una copa también puede llamarme.

EVA. Quién sabe, puede que algún día tenga sed. Le acompaño. (Salen los dos.)

Entra Nacho, se acerca a la mesa y coge el sobre. Saca la foto y la mira. Regresa Eva.

EVA. Veo que no pierde el tiempo.

NACHO. Supongo que para eso me habrá hecho escuchar toda la conversación.

EVA. ¿Qué conclusión ha sacado?

NACHO. Que hay que ser un profesional para hacer este trabajo sin que se revuelvan las tripas. Creo que estoy capacitado para ello.

EVA. Me alegro de que se valore. Eso es muy importante en esta labor. ¿Qué opinión se ha formado del marido?

NACHO. Es un mentiroso. El único interés por su esposa es meramente económico.

EVA. A los hombres les guía su propio interés, aunque a la mayoría de las mujeres también.

NACHO. ¿Por qué es tan implacable? ¿Qué le ha

pasado con los hombres y las mujeres para que tenga esa opinión?

EVA. ¿Cree que está en las mejores condiciones para hacerme esa pregunta?

NACHO. Tal vez no. Pero si me permite, quisiera hacerle otra.

EVA. Hágala.

NACHO. El que ese hombre y yo hayamos coincidido en su oficina se debe a una casualidad.

EVA. Júzguelo usted mismo. Siempre hay una parte de azar en todo negocio. Para ganar hay que reducirlo al mínimo aunque no se puede eliminar del todo.

NACHO. Me gusta su estilo.

EVA. No es necesario que se ponga romántico.

NACHO. Lo sé. Ya he comprendido los gajes de este juego. Los sentimientos personales están prohibidos.

EVA. Pero todos han de quedar contentos.

NACHO. Así es.

EVA. (Mirando la foto de Paloma.) Ha tenido la fortuna de que le corresponda trabajar con una mujer muy guapa.

NACHO. Eso parece en la foto.

EVA. Y ahora llega la parte más complicada del trabajo: establecer el contacto inicial y ser rápido y efectivo, porque no podemos permitirnos el lujo de tener a nuestros hombres trabajando durante meses para llevarse a una mujer a la cama. Entonces el coste sería desorbitado para el marido y el negocio quebraría.

NACHO. No será necesario. Bastarán pocos contactos.

EVA. ¿Tiene alguna idea?

NACHO. El primer encuentro no será complicado. Bastará coincidir con ella en el gimnasio al que acude. ¿A qué gimnasio va?

EVA. (Mirando el papel.) Va al Tropical Gym.

NACHO. No fastidie. A ese gimnasio voy yo.

EVA. ¿Puede permitirse ir a uno de los gimnasios más selectos de la ciudad?

NACHO. En realidad voy porque soy profesor de bailes caribeños. Últimamente están de moda. (Vuelve a mirar la foto.) No recuerdo haberla visto por allí. No ha sido una de mis alumnas.

EVA. Puede que sea mejor así.

NACHO. El gimnasio será un buen lugar para estudiarla desde la distancia. El segundo contacto, y decisivo, debería ser profesional.

EVA. Lo de repartidor del butano está muy visto.

NACHO. Lo de vendedor de seguros tampoco sirve porque ella conoce el negocio.

EVA. ¿Qué tal si es un encuestador?

NACHO. Es una buena idea, aunque puede que se niegue a recibirme.

EVA. La cita estará concertada previamente. Me encargaré personalmente. Si piensa que va a hablar con otra mujer se sentirá más relajada. El tema de la encuesta será la situación del matrimonio o algo parecido.

NACHO. Cuando me vea llegar se quedará sor-

prendida y muy nerviosa, pero ya me encargaré de quitarle tensión para que todo funcione.

EVA. Eso espero, porque parece un plan interesante.

NACHO. Es muy importante que ella sepa que el marido va a estar unos días de viaje. Creo que será todo lo que necesito para empezar.

EVA. Hay mujeres que son muy difíciles de conseguir.

NACHO. Lo sé, pero cuando un hombre está dispuesto a pagar para que su mujer tenga una aventura, es porque sabe que ella estaría dispuesta a tenerla de todas formas. Y si es así, es necesario reunir las condiciones para que su deseo se una a la falta de riesgos.

EVA. Aprende usted muy rápido.

NACHO. Es lo que se me exige. Quiero estar a la altura de las circunstancias y complacer a quien me contrata.

EVA. Espero que la práctica esté al mismo nivel de

la teoría.

NACHO. Pronto lo sabrá. Ahora es el momento de ponerse en marcha.

EVA. Me encargaré de concertar esa cita.

NACHO. No sé por qué, pero creo que este trabajo va a terminar gustándome.

EVA. No siempre las mujeres serán tan guapas.

NACHO. Lo digo por el juego tan extremo que supone.

EVA. ¿Le gustan los juegos?

NACHO. Mucho.

EVA. Entonces es posible que disfrute.

NACHO. En una historia de este tipo todos hacen trampas, puede que algunos sean más enrevesados que otros y que la esposa sea la víctima, pero todos nos metemos en un juego de hipocresías que tiene como único fin salvar el matrimonio.

EVA. Con que se limite a cumplir su parte del trabajo me doy por satisfecha.

NACHO. Lo haré. Deme tres días de preparación antes de hacer la encuesta.

EVA. De acuerdo.

Nacho sale, Eva coge el teléfono y la luz se apaga.

SEGUNDA ESCENA. GIMNASIO

En el fondo del escenario Nacho y Paloma realizan ejercicios gimnásticos por separado. No es necesario que ellos estén presentes, se puede sugerir mediante un juego de luces y sombras. Aparece Eva en primer término.

EVA. El trabajo se había puesto en marcha. Al fin y al cabo se trata de un negocio como otro cualquiera que se debe a sus clientes. El cebo estaba lanzado y pronto sabríamos si Nacho era eficaz en su trabajo. ¿Por qué me había decidido a llevar adelante esta empresa? Vivimos en una sociedad mercantil donde todo se puede comprar y vender. Cuando el mercado está saturado hay que buscar ofertas novedosas y atrevidas, y saber a quiénes deben dirigirse. Durante mucho tiempo he trabajado con hombres y mujeres de una clase social alta, un nivel que está fuera de mi alcance. Quizás por eso me he dedicado a estudiar sus puntos débiles y la forma de obtener provecho. Todos somos ambiciosos y no reparamos a la hora de valernos de la debilidad ajena para fortalecernos. Es la ley del mercado. Al otro lado del océano lo llaman el sueño americano, aquí somos menos cursis y habla-

mos de dar el pelotazo. He tenido que trabajar mucho para llegar hasta aquí. He sido secretaria, he estado en una empresa de recursos humanos, he formado parte de una revista del corazón donde debía estar al tanto de todos los trapos sucios de los famosos, aunque nunca fui invitada a sus fiestas, y hasta he estado integrada en el equipo de un político con grandes ambiciones que fracasó. En todos estos lugares he tenido la oportunidad de conocer a fondo una parte de la bajeza humana... ¿Lo hago por placer, por venganza, por envidia? Nunca pensé en la causa que me guiaba cuando decidí ponerme en marcha. Encontré un hueco por donde meterme y me lancé al abismo. Si uno se encuentra un billete de quinientos euros tirado en la calle, no se detiene a pensar qué le guía a apropiarse de un objeto extraviado, simplemente se lanza para llegar el primero y quedarse con la pasta. En cuanto a si es legítimo aprovecharse de las miserias humanas, yo pienso que no he inventado nada nuevo. Me he limitado a cambiarle el envoltorio.

Se apaga la luz del gimnasio al tiempo que Eva se marcha del escenario.

TERCERA ESCENA. CASA DE ANDRÉS

Entra Andrés, va buscando algo, pero no lo encuentra. Entra Paloma por otro lado.

PALOMA. Ya lo tienes todo preparado.

ANDRÉS. ¿Has visto mi móvil?

PALOMA. Lo tienes en la mano.

ANDRÉS. Me refiero al otro, al de la empresa.

PALOMA. ¿Sabes que venden centralitas móviles? Son muy prácticas.

ANDRÉS. No estoy para bromas.

PALOMA. ¿Por qué no pruebas a llamarte a ti mismo? Puede que tengas una conversación muy interesante.

Andrés no contesta y marca un número el teléfono. Suena otro aparato.

PALOMA. Te llama tu otro yo y parece que tiene prisa.

ANDRÉS. (Apaga el móvil.) ¿Por qué estás tan

irónica esta mañana?

PALOMA. ¿Eso crees?

ANDRÉS. Eso parece.

PALOMA. Debe ser porque me causa una gran alegría que mi marido se marche de viaje de repente sin dar explicaciones.

ANDRÉS. No empieces otra vez.

PALOMA. Está bien. María te ha dejado el equipaje preparado antes de marcharse.

ANDRÉS. ¿Cuántas camisas me ha puesto?

PALOMA. Cuatro. Creo que para tres días serán más que suficientes. Tenemos una asistenta muy eficaz.

ANDRÉS. Sí, supongo que sí.

PALOMA. Por cierto, no me has contado de lo que se trata esta vez. ¿Es una feria, una reunión para recalificar terrenos, una fiesta de antiguos compañeros de universidad en la que hablaréis de las grandes conquistas realizadas?

ANDRÉS. Es un congreso sobre promoción y ventas de propiedades inmobiliarias a través de Internet. Un montón de ponencias y de presentaciones tremendamente aburridas, pero a las que es necesario asistir porque en este negocio lo más importante es dejarse ver.

PALOMA. Seguro que te lo pasas muy bien. Te encanta dejarte ver en todos los sitios menos en tu propia casa.

ANDRÉS. Sabes muy bien que eso no es cierto.

PALOMA. Cualquier motivo te parece bueno para desaparecer por unos días.

ANDRÉS. Por favor, no empecemos otra vez con el mismo tema. Tú conoces este negocio tan bien como yo.

PALOMA. Sí, algo sé, formé parte de él antes que llegaras tú.

ANDRÉS. Luego sabes muy bien que los negocios inmobiliarios no se hacen en las oficinas de las constructoras.

PALOMA. Sí, ahora están de moda los despachos de lo políticos.

ANDRÉS. Por favor, otra vez no.

PALOMA. Llevas razón, no merece la pena discutir por asuntos triviales. Nunca llegamos a un acuerdo que nos devuelva a una apasionante relación matrimonial.

ANDRÉS. Yo no diría eso. No es necesario que seas tan drástica. Sabes que estoy pasando un mal momento.

PALOMA. Creo que eso lo he oído antes.

ANDRÉS. Se debe al exceso de estrés, pero pronto se arreglará.

PALOMA. Puede que haya que organizar un congreso en un lugar lejano para que conozcas a tu propia mujer.

ANDRÉS. Te conozco mucho mejor de lo que imaginas.

PALOMA. Espero que algún día lo demuestres.

ANDRÉS. Lo haré. Ya verás cómo lo haré, sólo te pido que tengas un poco de paciencia.

PALOMA. De eso ando más que sobrada, pero a veces no basta con la paciencia.

ANDRÉS. Cuando acabe este mes me tomaré una semana libre. Entonces haremos un viaje. Si quieres, podríamos irnos a esquiar.

PALOMA. (Sin mostrar alegría.) Sería una novedad, aunque no me agrada hacer planes a tan largo plazo. Pueden truncarse fácilmente.

ANDRÉS. Esta vez no. Lo tengo muy bien atado. Todo saldrá tal y como yo quiera.

PALOMA. ¿Tal y como tú quieras?

ANDRÉS. (Incómodo.) Tal y como nosotros queramos, por supuesto... Por cierto, ¿qué vas a hacer en estos días?

PALOMA. Pocas opciones tengo fuera de lo habitual. Como no me vaya de copas con la encuestadora que va a venir.

ANDRÉS. ¿Qué encuestadora?

PALOMA. Una que llamó el otro día y que forma parte de un estudio sobre la situación de la mujer actual ante el matrimonio. Un tema apasionante. Debe estar a punto de llegar.

ANDRÉS. ¿Qué le vas a contar?

PALOMA. Solamente la verdad. Lo feliz que me siento tras ocho años de idílico matrimonio en el que cada minuto lo he vivido como un maravilloso sueño por la infinidad de detalles y sorpresas que me proporciona mi amado esposo.

ANDRÉS. Si se lo dices con tanto entusiasmo, seguro que te cree.

PALOMA. Lo digo con el mismo entusiasmo que lo he vivido. Difícilmente podría hacerlo de otra manera.

ANDRÉS. (Levantándose.) Me marcho, no vaya a ser que me contagie con tanta alegría.

Andrés se acerca a Paloma para darle un beso.

PALOMA. No es necesario que te esfuerces en darme un beso si no lo deseas.

ANDRÉS. Sí que lo deseo. (La besa con frialdad.)

PALOMA. Quizás la solución a nuestros problemas esté en que te vayas de viaje todos los días.

ANDRÉS. Lo estaría si los recibimientos fueran más agradables que las despedidas.

Andrés sale. Paloma camina nerviosa por la habitación.

PALOMA. Siempre tenemos que terminar igual. Espero que algún día esto tenga un final.

Se acerca al teléfono y, cuando comienza a marcar un número, suena el timbre. Deja el teléfono y sale. Regresa unos instantes después acompañada de Nacho.

NACHO. Ya sé que no es lo acordado y lamento mucho el mal entendido. Sé que usted esperaba a una mujer para hacer la encuesta, pero se ha producido un cambio de última hora, debido a una amenaza de aborto, y me ha correspondido venir a mí. Si le molesta que el cuestionario lo pueda hacer un hombre, me marcharé. No me gustaría que se sintiera presionada con mi presencia.

PALOMA. No es que me sienta presionada, pero usted comprenderá que no es lo mismo hablar de ciertos temas íntimos con un hombre que hacerlo con otra mujer.

NACHO. Lo entiendo perfectamente, y si piensa que sus respuestas se pueden ver alteradas por dárselas a un hombre, sería mejor no seguir adelante para no desvirtuar el fin de la entrevista.

Paloma permanece en silencio.

NACHO. Aunque le puedo asegurar la absoluta confidencialidad de los datos que usted me dé. Conozco bien mi trabajo y valoro el esfuerzo que supone prestarse a una encuesta de este tipo.

PALOMA. De acuerdo, sigamos adelante. Le daré las mismas respuestas que si tuviera a otra mujer delante, aunque puede que en ocasiones me suponga un mayor esfuerzo.

NACHO. Se lo agradezco. Procuraré ser lo más aséptico posible, pero si queremos que el estudio que estamos realizando tenga frutos positivos, es necesario afrontar todos los temas, incluidos aquellos que nos

puedan resultar menos gratos.

PALOMA. Lo comprendo. Siéntese.

NACHO. Gracias.

PALOMA. ¿Quiere tomar un café?

NACHO. Acabo de desayunar en una cafetería del centro comercial que hay a la entrada de la urbanización.

PALOMA. Podemos empezar cuando quiera.

Nacho abre una carpeta de la que saca un cuestionario. Paloma se sienta frente a él.

NACHO. Supongo que le habrán informado detalladamente del objeto de nuestro estudio.

PALOMA. Una mujer me dijo que se hacía con el fin de encontrar una respuesta a la creciente violencia que se produce dentro del matrimonio, y con el fin de tomar medidas para frenarla.

NACHO. Es uno de los principales objetivos, aunque hay más. Como usted sabrá, en los últimos años el número de mujeres muertas a manos de su propio

esposo se ha disparado, sin que aparentemente haya un motivo claro para tanta violencia. Por eso creemos que es tan importante acercarnos a la realidad cotidiana del matrimonio, que se sepa lo que ocurre de puertas adentro y no solo lo que se muestra a los vecinos.

PALOMA. No creo que mi marido fuera capaz de agredirme.

NACHO. Me alegro, pero no solo se trata de violencia física. Hay otros tipos de agresiones más soterradas que van minando la autoestima y pueden desencadenar situaciones trágicas.

PALOMA. Entiendo lo que dice. Afortunadamente, no he pasado por esa situación.

NACHO. Aunque su propio caso pueda ser muy diferente, todo lo que diga nos servirá de gran ayuda. No abundan las personas de clase social alta que se presten a colaborar en estos estudios.

PALOMA. Yo no me considero superior a nadie.

NACHO. No lo dudo, pero este chalet no se parece en nada a una chabola, aunque los dos están en el

extrarradio, en lugares opuestos de la ciudad, y por el coche que hay en el garaje es fácil deducir que no viaja mucho en transporte público.

PALOMA. ¿Pretende que me sienta culpable porque la vida me vaya bien?

NACHO. No debe sentirse culpable. Me he limitado a reflejar una evidencia y solicitar su colaboración para un estudio.

PALOMA. De acuerdo. Podemos continuar con la encuesta.

NACHO. ¿Le importa si grabo la conversación? Es engorroso estar todo el tiempo tomando notas. Pienso que es muy difícil captar el sentido exacto de las palabras.

PALOMA. Me podría poner en un grave compromiso si la cinta se saca de su contexto.

NACHO. En eso lleva razón, y puedo darle mi palabra de que no ocurrirá. La destruiré una vez que haya sacado todos los datos del estudio. Jamás he pretendido aprovecharme del trabajo.

PALOMA. (Dudando antes de contestar.) Supongo que carezco de motivos para no creerle.

NACHO. Usted decide.

PALOMA. Está bien, puede hacerlo.

NACHO. (Comienza a grabar.) En la hoja que tengo dice que usted se casó hace ocho años.

PALOMA. Es cierto.

NACHO. ¿Vivió con otros hombres antes de casarse?

PALOMA. Tuve un par de novios, aunque nunca viví en la misma casa con ellos.

NACHO. ¿Fueron relaciones muy largas?

PALOMA. El primero lo tuve cuando tenía diecisiete años y duró alrededor de año y medio. El otro fue cuando había cumplido veintidós y estuve casi dos años. Me faltó poco para casarme con él.

NACHO. Aparte de esos novios, ¿tuvo relaciones esporádicas con otros hombres antes de casarse?

PALOMA. (Muy inquieta.) ¿Se refiere a si me he

acostado con otros hombres?

NACHO. Sí, aunque no es necesario que especifique los detalles.

PALOMA. Ha habido tres hombres más, pero no pasaron de situaciones puntuales. Yo no lo llamaría una relación, sino más bien desilusión.

NACHO. Creo que lo entiendo.

PALOMA. Cuando la ilusión se pone solo de un lado es muy difícil que una relación funcione.

NACHO. ¿Cambiaron esas experiencias su actitud ante los hombres?

PALOMA. Todos aprendemos de los errores, aunque no sé si lo suficiente. (Cambia el tono.) Pero no entiendo por qué quiere conocer mi vida previa al matrimonio si no es el motivo de la encuesta.

NACHO. Porque es muy importante saber en qué situación llega una mujer al matrimonio. No lo vive igual una que llega virgen que otra que tiene experiencia previa y sabe a lo que se puede enfrentar.

PALOMA. No creo que se pueda decir que mi ex-

periencia previa fuera muy alentadora.

NACHO. Al menos conocía a los hombres y lo que le podía esperar en el futuro.

PALOMA. Yo creo que nadie sabe lo que puede ser el matrimonio hasta que no han pasado varios años de convivencia.

NACHO. ¿Estaba enamorada cuando se casó?

PALOMA. Sí.

NACHO. ¿Lo está ahora?

PALOMA. (Duda antes de responder.) No lo sé. Me gustaría estarlo, pero la ilusión de entonces se ha ido perdiendo y creo que ahora se puede hablar más de costumbre que de amor.

NACHO. ¿Cuándo empezó a darse cuenta de que su situación había cambiado?

PALOMA. Pienso que no hay un momento que sea clave. No creo que te puedas acostar enamorada y despertarte siendo consciente de que no quieres al hombre que duerme contigo... Es un proceso de desgaste muy lento del que una tarda en percatarse. Se

entra en una rutina, se asume que el matrimonio es eso y te dejas llevar por la corriente. Luego, empiezas a percibir detalles en los que nunca te habías fijado o no quisiste darle importancia: una noche te despiertas a causa de sus ronquidos y te cuesta volver a conciliar el sueño; otro día hace un comentario grosero de lo mal que te queda un vestido y te sientes dolida; una mañana entras en el baño y te irritas al darte cuenta de que no ha tirado de la cadena; en otra ocasión tienes que anular tus planes porque le ha salido una reunión de trabajo imprevista. Hasta que llega un día en que haces balance de los años que llevas de matrimonio y te preguntas si es eso lo que querías cuando dijiste sí quiero.

NACHO. ¿Cuál fue la respuesta?

PALOMA. El pánico que me dio a seguir haciéndome preguntas.

NACHO. Se ha planteado en alguna ocasión la posibilidad de pedir el divorcio.

PALOMA. Eso es algo en lo que es inevitable pensar, incluso desde antes de la propia boda. Siempre es una sombra que está rondando, pero una termina acos-

tumbrándose a lo malo conocido por el miedo que produce cualquier cambio.

NACHO. ¿Usted cree que su marido la quiere?

PALOMA. Él dirá que sí, pero yo creo que lo hace como a una parte más de su negocio, pero en lugar de medirme por mi valor en bolsa lo hace por la rentabilidad social que puedo darle.

NACHO. ¿Piensa que su marido puede serle infiel?

Paloma se toma tiempo antes de responder.

PALOMA. No lo pienso, estoy absolutamente convencida de ello. Una mujer no tarda mucho tiempo en darse cuenta, aunque en muchos casos es preferible permanecer engañada.

NACHO. ¿Y a pesar de ello quiere seguir a su lado?

PALOMA. No estoy a su lado. Vivimos en la misma casa y duermo en la misma cama. También le acompaño a ciertos actos sociales que requieren de la familia, y hasta compartimos muchos intereses económicos, incluida la inmobiliaria donde trabaja, pero

no estoy a su lado. Soy un complemento más de su vida.

NACHO. ¿Y no teme que él pueda dejarla por otra mujer?

PALOMA. Sé que no lo hará. Andrés es incapaz de enamorarse y asumir un compromiso, pero le gusta poseer. Ahora puede conseguir a muchas de las mujeres que se propone con mayor facilidad que si estuviera soltero. Así no tiene la obligación de comprometerse con otra. Es mucho más cómodo cambiar de amante que de esposa para los hombres que no desean complicarse la vida.

NACHO. No entiendo cómo pueden vivir juntos después de todo lo que ha dicho.

PALOMA. No es preciso que lo comprenda. No es su labor, usted no juzga.

NACHO. Pero miro, escucho y siento.

PALOMA. Para su encuesta basta con que sepa que vivimos juntos, nos despreciamos cordialmente y asumimos el juego de parecer un matrimonio feliz. Supongo que serán datos muy útiles porque no se pare-

cerá a otras que haya hecho.

Se escucha de fondo la voz de Andrés.

VOZ ANDRÉS. ¿Cariño, estás por ahí?

Paloma se levanta alterada.

PALOMA. Disculpe. (Cuando va a salir se encuentra con Andrés.)

ANDRÉS. Pensaba que habías salido.

PALOMA. No te oído entrar.

ANDRÉS. Se me había olvidado el ordenador portátil. (Repara en Nacho y lo examina antes de volverse hacia su mujer.) Supongo que merezco una explicación.

PALOMA. (Nerviosa.) Estaba haciendo la encuesta que te dije.

ANDRÉS. No veo a ninguna encuestadora.

NACHO. Yo se lo puedo explicar.

ANDRÉS. (Cortándole.) Gracias, pero le he preguntado a mi esposa.

PALOMA. Se ha debido a un cambio de última hora. No han podido avisarme.

ANDRÉS. ¿Y te has prestado a seguir con la encuesta? Podría tratarse de un engaño.

PALOMA. No lo es y no creo que haya motivo para negarme. Este señor es un profesional y está realizando su trabajo.

ANDRÉS. Pero el tema a tratar...

PALOMA. Si mal no recuerdo, siempre te has mostrado a favor de que hombres y mujeres puedan realizar el mismo trabajo.

Andrés, sin responder, mira fijamente a Nacho mientras este le aguanta la mirada.

NACHO. (Levantándose.) Puedo marcharme si mi presencia resulta molesta.

ANDRÉS. No, no es necesario, termine el trabajo que está haciendo. No pretendo que mi mujer me tenga por un asqueroso machista. (Se vuelve hacia Paloma.) Me marchó, cariño.

PALOMA. Te acompaño a la puerta.

ANDRÉS. No te molestes, sería descortés con nuestro invitado.

Andrés se marcha.

NACHO. Lamento haber causado este incidente.

PALOMA. No se preocupe, no es necesario que haya culpables para que tengamos discusiones. Son bastante habituales últimamente. Pero sigamos con la encuesta, no quisiera hacerle perder más tiempo.

NACHO. En mi trabajo no solo se trata de preguntar.

PALOMA. ¿Por dónde íbamos?

NACHO. Había llegado el momento de hacer una pregunta que quizás no sea la más indicada para después de lo que ha ocurrido.

PALOMA. (Molesta.) No ha pasado nada grave y no busco compasión. Siga.

NACHO. ¿Le ha sido alguna vez infiel en estos años?

PALOMA. No.

NACHO. ¿Nunca ha deseado acostarse con otro hombre?

PALOMA. Mentiría si dijera que no he tenido ese deseo. Todos tenemos deseos, aunque la mayoría se esfuman muy pronto.

NACHO. Pero no todos, y no siempre se puede permanecer impasible.

PALOMA. Cuando conozco a un hombre que parece interesante, trato de imaginar si con él podría vivir una experiencia mejor, pero nunca he sido valiente, y me conformo pensando que el esfuerzo no merece la pena porque a la larga no sería muy diferente a mi marido.

NACHO. Me cuesta creer que sea cierto lo que dice.

PALOMA. ¿Por qué?

NACHO. Porque no concibo que sea una mujer que haya renunciado a sus sentimientos.

PALOMA. ¿Eso cree?

NACHO. Es demasiado joven para abandonar.

PALOMA. ¿De verdad?

NACHO. Alguien tan guapa como usted y con un aspecto tan cuidado no puede estar resignada a su fortuna.

PALOMA. No se trata de resignación, sino de ser práctica.

NACHO. Hay algo que no me cuadra entre lo que ha contado y lo que he observado.

PALOMA. Usted no está aquí para comprender, sino para estudiar una determinada situación social y reflejarla en su estudio.

NACHO. Ya sé que es mi trabajo, pero no siempre puedo distanciarme y contemplar con la frialdad de los datos lo que sucede a mi alrededor.

PALOMA. ¡Vaya! Así que no solo hace usted encuestas, sino que además tiene remedio para todos aquellos que no lo están pasando bien. Me parece que se toma unas atribuciones que no le corresponden.

NACHO. Puede que no me correspondan, puede que yo no tenga derecho a hacerle ningún comentario

de su actitud, ni que mi vida sea mejor que la suya.

PALOMA. Desde luego que no tiene derecho. Por cierto, ¿se vive bien de hacer encuestas o también tiene que hacer otros trabajos?

NACHO. Supongo que se ha dado cuenta de que no soy un encuestador vocacional. Sí, tengo que hacer otros trabajos para vivir. Hay ciertos lujos que no me puedo permitir y uno de ellos es el de elegir lo que me apetece hacer. Mi aspecto de inmigrante lo delata.

PALOMA. En ningún momento he pretendido ofenderle. Lo he dicho porque me han sorprendido alguno de sus comentarios.

NACHO. Antes que inmigrante y encuestador, soy un hombre que no puede cerrar los ojos cuando aparece una mujer hermosa y me doy cuenta de que está malgastando su vida.

PALOMA. Así que también se dedica a salvar de vidas miserables a mujeres hermosas. Es un paladín de la belleza y la justicia. Es usted un pozo lleno de sorpresas.

NACHO. Le pido perdón por mi atrevimiento. Reconozco que nunca se me ha dado un caso como este.

PALOMA. ¿En qué se diferencia del resto?

NACHO. En que no logro entender su frialdad y falta de ilusión. Habla del amor como si se tratara de algo tan vulgar como ir de compras.

PALOMA. Quizás porque no tengo suficientes motivos para verlo de otra manera.

NACHO. ¿Ni siquiera tiene esperanza de vivir algo diferente?

PALOMA. Esperanza tengo, siempre he tenido, pero precisamente por eso, porque solo es una remota esperanza no me hago ilusiones. A mi edad ya no hay mucho margen para que se cumpla lo que una espera.

NACHO. Sigo sin entender cómo puede vivir día a día desde la más absoluta resignación.

PALOMA. Yo no lo llamaría resignación. Digamos que lo hago desde la misma rutina que lo pueda hacer cualquiera. Usted se levanta, se dedica a hacer encuestas, luego analiza los datos para encontrarles un

sentido y, por último, regresa a su casa donde se encontrará con su mujer o con su novia.

NACHO. Estoy soltero.

PALOMA. Es igual. Un día tras otro realizará los mismos actos, aunque cambie de acompañante.

NACHO. No lo vivo como una rutina, y la mayoría de la veces no hay acompañante.

PALOMA. Yo no necesito trabajar porque dispongo de suficientes recursos propios, aunque mi marido se empeña en creer que me mantiene. Dispongo de mucho tiempo libre al día. Puedo ir al teatro, a la ópera, a tomar café o ir a restaurantes con mis amigas, pero no lo hago con frecuencia. Veo televisión, leo cuando me apetece, salgo de compras y paso mucho tiempo en el gimnasio.

NACHO. (Cambiando a un tono de sorpresa.) Ya sabía que su cara me resultaba conocida. La he visto en el gimnasio. Sí, en el Tropical Gym.

PALOMA. No recuerdo haberlo visto por allí.

NACHO. Una de las ocupaciones que me ayudan

a vivir es la de monitor de bailes caribeños. En realidad, llevo un par de meses.

PALOMA. Una actividad complementaria con la de encuestador.

NACHO. Usted hace aerobio.

PALOMA. Hay muchas que hacen aerobio.

NACHO. Recuerdo haberla visto con una malla roja y con una cinta negra que le recogía el pelo.

PALOMA. Es muy observador.

NACHO. Es mi trabajo.

PALOMA. Supongo que también podrá decirme cómo son las mallas de las otras mujeres que van al gimnasio.

NACHO. De diversos colores. Sólo tengo capacidad de retentiva para aquello que deseo guardar, y en ese gimnasio sólo me he fijado en la mujer de la malla roja. Supongo que fue la que más me gustó.

PALOMA. ¡Qué extraña casualidad! Se fija en mí en un gimnasio en el que lleva poco tiempo, y pocos

días después está en mi casa haciéndome una encuesta en la que debo contestar a todo aquello que tardaría años en contarle a un hombre.

NACHO. Yo pienso que la casualidad es un deseo que se ve cumplido. Cada día vivimos cientos de casualidades, pero únicamente nos detenemos en aquellas que más nos atraen y nos guían en una determinada dirección.

PALOMA. ¿Si me hubiera encontrado en otras circunstancias diferentes, se habría acercado a hablar conmigo?

NACHO. Lo hubiera deseado, pero no sé si me hubiera atrevido. El que me gusten las mujeres hermosas no significa que siempre alcance mis deseos. Hay muchos que se esfuman, pero no por ello me resigno a que se pierdan todos.

PALOMA. Y ahora que ya ha hablado conmigo, ¿sigue manteniendo el mismo deseo?

NACHO. Más que antes.

PALOMA. Supongo que debe tener un trabajo muy productivo, y muchas mujeres caerán rendidas a sus

pies cuando se muestre tan comprensivo con sus problemas matrimoniales. Un hombre atractivo que escucha, se apiada de nuestras miserias, nos enseña a bailar salsa y hasta ofrece soluciones. Muy tentador para no dejarse sucumbir por sus encantos.

NACHO. Es libre de pensar eso porque no me ha conocido en otras circunstancias, pero le aseguro que nunca ha sido mi propósito aprovecharme del trabajo para ligar.

PALOMA. ¿Dígame cómo lo hace habitualmente?

NACHO. A las personas que entrevisto nunca las veo más de media hora. Y con las mujeres que me gustan, no suelo inventarme el trabajo de encuestador para tener acceso a ellas. Me parece demasiado enrevesado cuando se puede empezar por invitarlas a tomar café.

PALOMA. Supongo que pensará que soy demasiado suspicaz.

NACHO. Este caso es muy especial en todos los sentidos. Ha coincidido el trabajo y el deseo, y no he sabido diferenciarlos. Reconozco mi debilidad y le pido

perdón por tomarme ciertas libertades a la hora de realizar la encuesta.

PALOMA. Puede que no haya sido tan grave si las mentiras no van más lejos.

NACHO. ¿Qué mentiras?

PALOMA. Teniendo tan buena retentiva para observar a las mujeres dentro del gimnasio, no creo que me haya reconocido después de llevar mucho rato hablando.

NACHO. Es cierto, la reconocí nada más verla. Nunca podría confundirla con otra.

PALOMA. ¿Por qué no lo dijo entonces?

NACHO. Por dos motivos. El primero está relacionado con la vanidad: quería saber si usted también me reconocía, lo que hubiera significado que yo no le había pasado desapercibido. Y el segundo motivo es profesional: temía que no quisiera seguir adelante con la entrevista si yo no era alguien del todo anónimo.

PALOMA. (Señalando la grabadora.) Ahora también podría dudar de la utilización que le pueda dar a

la grabación.

Nacho saca la cinta y la rompe.

NACHO. ¿Está mejor así?

PALOMA. Supongo que ya podremos dar por terminada la entrevista.

NACHO. En cuanto al trabajo puede que sí, pero ya que he tenido el placer de conocerla, no quiero que se quede con la sensación de que soy un impostor que desea aprovecharse de ciertas situaciones de debilidad.

PALOMA. ¿Qué pretende? Usted conoce muchas cosas sobre mí que no debería conocer.

NACHO. Quiero que me escuche.

PALOMA. No sé cuál es su propósito, pero me he sentido utilizada. No puede venir con el objetivo de hacer una encuesta en la que tengo que hablar de las cuestiones más íntimas para luego decirme que me olvide de lo hablado y que le gusto.

NACHO. ¿Acaso prefiere que la desprecie?

PALOMA. No he dicho eso.

NACHO. Yo no puedo estar tan seguro de mis reacciones como usted. No puedo predecir lo que va a pasar cuando salgo cada mañana de mi casa. Yo siento, vivo y me puedo emocionar si veo algo que me altera. No me puedo arrepentir de haberla conocido ni de haber llegado hasta aquí. Si me marchara sin decirle que me gusta, me estaría engañando. Soy un hombre que se puede enamorar, quizás no tenga su firmeza... Por otra parte, pienso que no le disgusto.

PALOMA. Pero yo me he descubierto, siento como si me hubiera desnudado ante usted, como si hubiera sido violada y encima tuviera que estar agradecida.

NACHO. Lo sé y me gustaría ponerme a su misma altura para que no pueda decir que me he aprovechado de su franqueza, para que vea que mis propósitos son honestos.

PALOMA. Eso ya es muy difícil.

NACHO. Salgamos de aquí y déjeme que le hable. Empecemos lejos de esta casa, en un terreno donde no cuente el pasado ni el matrimonio. Donde solo haya

un hombre y una mujer.

PALOMA. ¿Para qué?

NACHO. Para decirle que me gusta, que hay sentimientos que afloran en pocos minutos y que merece la pena vivirlos, que la vida es hermosa porque no se puede prever.

PALOMA. ¿Qué pasará con mi marido? Ya que lo ha conocido, supongo que tendrá formada una opinión.

NACHO. Olvídense de él. Ahora no necesita marido, usted sabe que le es infiel y no ha pasado nada terrible. Déjese por una vez llevar por sus emociones. Tenga curiosidad por ver, siempre hay tiempo de volver atrás si no le gusta lo nuevo.

PALOMA. Creo que tengo miedo.

NACHO. Enhorabuena, eso significa que no es tan fría como cree. Tiene sentimientos y están a flor de piel. Eso es hermoso.

PALOMA. Pero asusta.

NACHO. Yo con pensar que puedo acariciarla co-

mienzo a temblar, y si trato de imaginar cómo podría desnudarla, pierdo el control de mis actos.

PALOMA. (Muy nerviosa.) No siga.

NACHO. Acompáñeme entonces. Salgamos a la calle, cerca hay un parque muy hermoso. Sólo le pido que me deje expresarme e invitarla a comer, si no tiene nada mejor que hacer.

PALOMA. ¿Qué pasará después?

NACHO. ¿Eso significa que acepta?

PALOMA. No lo sé.

NACHO. ¿Quién sabe lo que sucederá? No hay que tener prisa cuando se puede disfrutar de cada instante. Pasara aquello que nosotros deseemos que ocurra. ¿Usted qué desearía?

Paloma no se atreve a contestar y le cuesta mantener la mirada de Nacho.

NACHO. Yo deseo exactamente lo mismo. ¿Está lista?

PALOMA. ¿Para qué?

NACHO. Para salir a la calle y comenzar algo hermoso con luz, sin sentirse clandestina. Siempre hay tiempo para buscar escondites cuando haya algo que ocultar.

PALOMA. Lo estoy.

Nacho le coge la mano y salen juntos.

CUARTA ESCENA. OFICINA DE EVA

Aparece Andrés en primer término. Detrás se ve a Eva hablando por teléfono. Hacia la mitad del monólogo de Andrés, ella se marcha.

ANDRÉS. Todo contrato mercantil tiene un periodo de vigencia, por eso se recurre tan a menudo a esta fórmula comercial. Uno compra, otro vende y cuando se he realizado el intercambio desaparece el compromiso. No existen vínculos afectivos como en la familia. Si los negocios se dejaran guiar desde la parte emocional, el sistema quebraría. Yo había contratado los servicios de un profesional, él había realizado su trabajo, y yo quedaba satisfecho. El negocio había terminado y cada uno era libre para realizar nuevos negocios. ¿Cuál era el beneficio obtenido a cambio del precio pagado? Puede que en términos contables no sea fácil de cuantificar, aunque existen otros bienes, llamados no tangibles, que pueden tener un valor incalculable. En mi caso se podría decir que había comprado poder y libertad. ¿A cambio de esto había jugado con los sentimientos de mi esposa ofreciéndole un caramelo que le quitaba de repente y sin contar con su permiso? No soy el más indicado para juzgar

cuestiones éticas. En el sistema capitalista no hay lugar para las víctimas, los estafadores ni para tener complejo de culpa. Existen los buenos y los malos negocios, y yo había hecho un buen negocio. (Sale.)

Entra Eva acompañada por Nacho.

EVA. He de reconocer que al principio no tenía excesiva confianza en su capacidad. Pensé que le faltaría valor para seguir el trabajo hasta el final, pero le había subestimado.

NACHO. Me gusta conseguir lo que me propongo y llegar hasta la meta de la forma más directa posible.

EVA. Está aquí porque ha llamado el marido. Ha dicho que tenía algo importante que decirme y quiero que sea testigo de sus palabras.

NACHO. ¿Piensa que será la orden para que se acabe la historia?

EVA. Es muy probable. Todos los trabajos tienen que llegar a un final, y supongo que le causará satisfacción terminarlo con éxito.

NACHO. Sí, supongo que me quito un gran peso

de encima. Reconozco que este trabajo es mucho más duro que los anteriores.

EVA. ¿Por qué?

NACHO. Estar cerca de otra persona durante varios días y saber que estás mintiendo continuamente te hace plantearte muchas cosas. Aparecen dudas sobre los propios sentimientos.

EVA. Nunca dije que fuera a resultar sencillo.

NACHO. Supongo que después de esto necesitaré de algún tiempo para aclararme.

EVA. No pretendo que enlace un trabajo con otro. No quiero sementales a mi lado.

Suena el timbre.

EVA. Debe ser el esposo. Escóndase, luego seguiremos hablando.

Sale Nacho y Eva va a buscar a Andrés. Regresan juntos.

EVA. Me alegra recibirlo otra vez.

ANDRÉS. Siempre es un placer verla. Aunque ten-

ga que ser por cuestiones laborales.

EVA. Siéntese y hablemos. (Andrés se acomoda.) Y ahora dígame a qué se debe su visita.

ANDRÉS. Creo que ha llegado el momento de finalizar nuestra colaboración profesional.

EVA. Espero que no sea por un mal servicio de nuestro hombre.

ANDRÉS. Le aseguro que eso no tiene nada que ver. Sospecho que su labor ha sido excelente. Hace mucho tiempo que no veo a mi mujer tan animada.

EVA. ¿Cuál ha sido el motivo que le ha llevado a tomar la decisión de cortar? Suponiendo que pueda contarlo.

ANDRÉS. No quiero tentar a la suerte y que mi mujer se aficione a ese hombre. Podría ser complicado de resolver si se prolonga.

EVA. ¿Acaso tiene celos?

ANDRÉS. Yo no diría tanto, pero en cierta medida estoy picado y siento curiosidad por volver a mirar a mi mujer. Puede que con la costumbre no haya sabido

apreciarla en todo su valor.

EVA. No hay nada como la competencia para despertar sentimientos que se creían dormidos.

ANDRÉS. Puede que no le falte razón. A todos nos gusta jugar y ganar, sobre todo cuando el riesgo es alto.

EVA. Supongo que por eso se saltó el compromiso adquirido y regresó a su casa cuando no debía.

ANDRÉS. La curiosidad a veces traiciona; y, por otra parte, me gusta conocer aquello por lo que pago. Es un defecto profesional.

EVA. No puedo reprochárselo. En el fondo me parece que tenemos una forma muy similar de entender las relaciones humanas.

ANDRÉS. La vida es un negocio en el que se ha de estar alerta para superar los obstáculos que se interponga entre el deseo y el fin.

EVA. Me alegra esa coincidencia.

ANDRÉS. Le recuerdo que en este negocio sigue vigente la invitación para tomar una copa.

EVA. Veo que es constante es su empeño y no se conforma con su propia esposa.

ANDRÉS. Son historias distintas y totalmente compatibles. El que apague su grifo no significa que yo no pueda seguir bebiendo.

EVA. Me parece que ya le dije que para que yo pudiera beber antes debía tener sed.

ANDRÉS. Seguiré esperando. Nadie puede aguantar mucho tiempo sin tener sed, sobre todo cuando hace calor.

EVA. Siempre me sorprende con su ingenio.

ANDRÉS. Trato de cuidarlo. Por cierto, tengo curiosidad por saber cómo desaparecerá su hombre.

EVA. Tal como llegó, sin explicaciones. Aunque parezca una decisión cruel, es mejor a largo plazo para su esposa. Si él le da una justificación para cortar, ella puede tener reacciones imprevistas y hasta traumáticas. A las mujeres nos cuesta decidirnos, pero una vez que hemos dado el paso adelante somos muy pasionales.

ANDRÉS. Seguramente tiene razón. En esto no se puede ser condescendiente porque se sufre más.

EVA. Ella ha vivido una ilusión hermosa que no le ha obligado a tomar decisiones drásticas porque no ha tenido que enfrentarse a su marido. Después del disgusto inicial, se sentirá aliviada por no haber perdido todo lo que tenía. Si además ha logrado una mayor atención por parte del esposo, no se puede pedir más.

ANDRÉS. Me queda otra duda.

EVA. ¿Cuál?

ANDRÉS. Su hombre. Puede que se sienta atraído por mi mujer y no quisiera irse. También es posible que intente hacernos chantaje.

EVA. Esa duda me ofende. Está tratando con auténticos profesionales, jamás mezclamos los sentimientos con el trabajo. Él está en trámites para regularizar su situación y no se puede permitir ningún lío con la justicia, y tampoco quedaría muy bien si fuera a ver a su mujer para decirle que usted le ha pagado para que se acostara con ella. Ni su mujer ni usted volverán a saber de su existencia.

ANDRÉS. Lo siento, no quería ofenderla, pero comprenda que deseo evitar cualquier sorpresa desagradable.

EVA. Está en su derecho, y hasta cierto punto es lógico que le quede alguna duda, pero muy pronto comprobará que es infundada.

ANDRÉS. Creo que no queda nada más por resolver. Mañana le enviaré un talón por el importe que falta por liquidar.

EVA. Si no es molestia, también quisiera hacerle una pregunta.

ANDRÉS. Lo que quiera.

EVA. ¿Durante las últimas semanas ha percibido una actitud extraña en su mujer?

ANDRÉS. ¿A qué se refiere?

EVA. Si no hubiera sido consciente de la historia, ¿habría sospechado que su mujer le era infiel?

ANDRÉS. Por supuesto, eso se nota. Aunque ella no lo crea, la conozco muy bien. No podría engañarme en algo tan importante.

EVA. Veo que es usted muy perspicaz.

ANDRÉS. Lo justo para ir por el mundo sin salir derrotado.

EVA. Ha sido un placer tratar con usted.

ANDRÉS. Lo mismo digo. Cuando tenga sed acuérdesse de mí.

EVA. Le prometo que lo tendré en cuenta.

Eva acompaña a Andrés, y regresa Nacho. Enseguida vuelve Eva.

EVA. Supongo que lo habrá escuchado todo.

NACHO. Sí.

EVA. Misión cumplida.

NACHO. (Con cierto pesar.) Eso parece.

EVA. Las referencias que ha logrado son inmejorables. La mujer ha quedado encantada y el marido muy satisfecho de la decisión que tomó para salvar su matrimonio.

NACHO. No puedo evitar pensar en Paloma.

EVA. ¿Por qué?

NACHO. Porque en esta historia todos hemos sacado algún beneficio a costa de sus sentimientos. La hemos manipulado brutalmente para descubrirle de repente que todo ha sido una vulgar fantasía. Creo que no hay derecho a tratarla de una forma tan cruel.

EVA. ¿Cruel? Ella también ha obtenido recompensa. Ha saciado su deseo con el beneplácito de su esposo. Ha participado en el engaño porque ha ocultado su aventura. No hay que tener lástima por ella.

NACHO. Pero no es justo. Ahora le tocará pasarlo mal. Cuando vuelva a su rutina pensará que he sido un cerdo con ella.

EVA. No hay que darse tanta importancia. Usted ha sido una aventura ocasional para esa mujer. No olvide que ella es de las que no dejan al marido por otro hombre, aunque sea más guapo y encantador.

NACHO. Ayer me dijo que me quería, que conmigo había sentido algo que jamás había sentido con otro hombre.

EVA. Sí, reconozco que es bonito, a los hombres

les gusta mucho que les digan esa frase. Supongo que es muy tentador ser el más importante en la vida de una mujer.

NACHO. Yo creo que no mentía. Ella estaba enamorada de mí.

EVA. Enhorabuena entonces, ha logrado un gran triunfo como actor y amador. No solo ha interpretado de forma magnífica su papel, además el público se ha enamorado. Un éxito rotundo que le augura un brillante porvenir.

NACHO. Creo que no es para tomarlo a broma.

EVA. No se trata de una broma, se trata de trabajo muy serio y todos conocíamos las reglas cuando nos embarcamos en esta historia. Sabía perfectamente que no se trataría de una romántica historia de amor, porque entonces no hubiera cobrado por ello. Así que no es el momento de apelar a la lástima por la víctima inocente.

NACHO. Sólo estaba expresando mis sentimientos.

EVA. Sabe que en este trabajo los sentimientos

son peligrosos si no se dominan, y no quiero pensar que se ha encaprichado de esa mujer.

NACHO. Yo no he dicho eso.

EVA. Para que quede claro, quiero que sepa que esa mujer no ha existido para usted y no quiero suponer que vaya a merodear por su casa, porque yo misma me encargaría de descubrirlo todo y de hacerle daño. Le aseguro que puedo ser implacable si me provocan.

NACHO. Lo he entendido muy bien. Nunca traiciono a quien me proporciona un buen trabajo.

EVA. Lo mejor será que se tome un par de semanas libres para olvidarlo, y para llegar en plena forma para la próxima misión (Le da un sobre.) Aquí tiene lo que le falta por cobrar y direcciones de gimnasios donde podrá seguir dando clases de baile si lo desea.

NACHO. ¿Y los documentos que me prometió?

EVA. Siguen su camino. No son fáciles de conseguir. Es imposible hacerle un contrato en regla sin tener el permiso de trabajo, pero le aseguro que es un tema que está en vías de solución.

NACHO. Son palabras que he escuchado otras veces.

EVA. Yo hablo en serio. No le puedo garantizar nada porque no depende de mí, pero la gestión sigue adelante.

NACHO. No tengo más remedio que creerla.

EVA. Le conviene. Estaremos en contacto. Le ruego me disculpe por no acompañarlo a la puerta, he de hacer una llamada urgente.

NACHO. En dos semanas estaré listo.

Eva coge el teléfono y Nacho se marcha. Eva cuelga el teléfono.

EVA. Ya puedes salir, no hay moros en la costa.
(Entra Paloma.)

PALOMA. Increíble. Me has dejado abrumada con tu espléndida interpretación. Qué templanza, hasta has llegado a emocionarme cuando te has puesto tan cínica.

EVA. Ya te dije que estaba preparada para hacerlo. Aunque tu éxito ha sido mucho mayor. Los tienes a

los dos en el bote.

PALOMA. Nunca pensé que todo pudiera salir tan redondo.

EVA. Nos subestimabas. Creías que no podríamos enredar a los hombres en sus mismas trampas y salir airoosas del juego.

PALOMA. Si alguien me hubiera dicho que mi marido sería capaz de pagar a otro hombre para que se acostara conmigo, lo hubiera tachado de loco.

EVA. Son fáciles de manipular, siempre que crean que son los que llevan las riendas.

PALOMA. Hay que ver lo seguro que parece Andrés cuando se muestra seductor. Creo que deberías aceptar la copa que te ha ofrecido.

EVA. ¿No te molestaría?

PALOMA. Seguro que no. No es la competencia de las mujeres lo que me preocupa.

EVA. (Sorprendida.) ¿Estás diciendo que Andrés...?

PALOMA. (Cortándola.) No digo nada.

EVA. ¿Qué piensas de Nacho?

PALOMA. Tuvimos mucha suerte de que apareciera en el momento oportuno. El primero que vimos no acababa de convencerme.

EVA. ¿Tanto te ha gustado?

PALOMA. Me ha sorprendido. Tiene muy buenas cualidades. En muchas ocasiones juraría que hablaba en serio.

EVA. Puede que se haya enamorado de verdad.

PALOMA. Es posible que dentro de algún tiempo coincida con él. Sería un buen momento para conocer sus intenciones cuando no hay dinero de por medio.

EVA. ¿No lo querrás en exclusiva?

PALOMA. A nadie le amarga un dulce de vez en cuando, sobre todo cuando se tiene la oportunidad de elegir.

EVA. Debemos tener cuidado de no empacharnos.

PALOMA. Tienes razón, lleva su tiempo acostum-

brarse a ciertos manjares... ¿Perderás el contacto con él?

EVA. No quisiera. Creo que puede sernos útil en otro trabajo. Me gustaría regularizar su situación. Este país necesita gente de su valía.

PALOMA. Cásate con él. Tú has quedado libre de compromisos.

EVA. No te pases, el matrimonio es algo muy serio.

PALOMA. Por supuesto. ¿Cuál es la siguiente?

EVA. Tere. Ya ha descubierto varios parches de su marido y ha tensado la cuerda. Parece que está a punto de picar el anzuelo.

PALOMA. ¿Qué le has preparado?

EVA. Un rumano impresionante que apareció por aquí el otro día. Trabaja de albañil.

PALOMA. Siempre le han gustado rústicos. Se lo pasará en grande.

EVA. Se lo merece. Bastante ha tenido que aguan-

tar con la birria de marido que tiene.

PALOMA. ¿Crees que pasará mucho tiempo antes de que se descubra nuestro negocio?

EVA. Ninguna tenemos interés en que llegue a las bodas de oro.

PALOMA. Habrá que pensar en crear nuevos negocios. Aunque antes debemos premiarnos con una buena comida.

EVA. Por supuesto, ya que invita tu marido no vamos a hacerle una descortesía.

Salen juntas. Oscuro final.